

8. Las pruebas de la fe

CUALQUIERA QUE HAYA TRABAJADO CON JÓVENES CRISTIANOS sabe que las dudas aparecen al poco tiempo de haberse convertido a Cristo. La experiencia inicial del cristiano es una experiencia de gran gozo. La persona que estaba perdida en la oscuridad del pecado y la ignorancia, ahora ha llegado a la luz de Dios. Antes alienada de Dios, ahora él la ha encontrado. Pero entonces, a medida que transcurre el tiempo, con mucha frecuencia el nuevo cristiano comienza a preguntarse si en realidad algo ha cambiado efectivamente. La persona creía que era una nueva criatura en Cristo; pero, para ser francos, sigue siendo muy igual a lo que era antes. Las mismas tentaciones están presentes; y hasta pueden ser peores. Su carácter sigue teniendo los mismos defectos que tenía con anterioridad. Hasta el gozo que llegó a sentir parece estar evaporándose. Es en ese instante que el cristiano se pregunta cómo es posible saber que Dios lo ha salvado. Puede preguntarse: "¿Cómo puedo tener la certeza que soy justificado?"

Este problema también puede afectar a los cristianos más maduros. Puede surgir como una etapa perfectamente normal en su crecimiento en el cristianismo, o como resultado de alguna dificultad muy grande que tengan que afrontar en sus vidas —una enfermedad, la pérdida de su trabajo, la pérdida de un ser querido que muere o que recae en el pecado—. Desde el fondo de una depresión nacida de estas circunstancias, los cristianos bien pueden preguntarse si verdaderamente son hijos de Dios o si estuvieron equivocados en creer eso.

Estas preguntas son más que una fuente de preocupación. Pueden afectar la vida de un cristiano, y mucho. Como cristianos hemos sido llamados para servir a otros tanto como a Dios. ¿Cuán efectivos podemos ser en nuestro servicio a otros si nosotros no estamos seguros de nuestra propia salvación? Antes de la Reforma, cuando Martín Lutero estaba luchando con estas preguntas, era un monje encerrado en un monasterio. Luego, una vez que supo que había sido salvado por la muerte de Cristo y que Dios lo había justificado, dejó atrás el monasterio para comenzar la Reforma. ¿Cómo podemos lanzar algo que proviene de Dios mientras permanecemos encerrados en el monasterio de las dudas?

La seguridad del cristiano

Toda la primera epístola de Juan fue escrita para contestar esta pregunta. Las iglesias a las que Juan les estaba escribiendo habían recibido las enseñanzas apostólicas, pero en alguna oportunidad, antes de la composición de 1 Juan, algunos miembros de las congregaciones se habían retirado para formar nuevas comunidades (1 Jn. 2:19), sin duda afirmando que sus creencias representaban algo mejor que lo que habían creído hasta ese entonces. No se sabe mucho sobre esta defección, nada más que lo que Juan nos da a entender en su epístola. Pero posiblemente se tratara de una forma temprana de lo que más tarde se conoció con el nombre de gnosticismo.

Los gnósticos se presentaban como "los que saben", el significado principal de la palabra *gnóstico*, e insistían, al mismo tiempo, en que la salvación provenía fundamentalmente por el conocimiento; o sea, por la iniciación en un conocimiento místico y supuestamente superior que ellos poseían. En las formas más comunes de gnosticismo esto implicaba que se negaba la importancia de la conducta moral. Los gnósticos eran capaces de decir que no tenían pecado, que lo que hacían no era pecado, o que podían tener comunión con Dios aunque continuaran pecando.

Los gnósticos también creían que la materia era inherentemente mala, solamente el espíritu era bueno, y que no había forma de unir ambas cosas. Por este motivo es que negaban la importancia de la vida moral, ya que según ellos la salvación estaba en el reino del espíritu o de la mente que era lo único bueno. También produjo una religión filosófica desligada de la historia concreta. Según los gnósticos, una Encarnación real del Hijo de Dios resultaba imposible. Si la materia es el mal, Dios nunca podría asumir un cuerpo humano sobre sí mismo. La Encarnación debería haber sido simplemente una aparición.

Aparentemente, muchos cristianos estaban confundidos con esta enseñanza. Los nuevos maestros parecían ser brillantes. ¿Estaban los gnósticos en lo cierto? ¿Había que abandonar las viejas enseñanzas? ¿Los creyentes siempre habían sido cristianos, o sus creencias eran meramente una preparación para esta forma de cristianismo más elevada y más auténtica? Juan responde a estas preguntas; en primer lugar, con una afirmación categórica que los cristianos pueden y deben saber que tienen vida eterna y, en segundo lugar, con la presentación de tres pruebas prácticas para dilucidar este tema.

El camino cristiano del conocimiento

En su carta, Juan dice con claridad que su propósito es escribirles a los cristianos para mostrarles cómo pueden estar seguros de que han sido regenerados. "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna" (5:13). Y en otros lugares dice que "por esto sabemos que estamos en él" (2:5); "Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre" (2:13); "Pero vosotros tenéis la unción del Espíritu Santo, y conocéis todas las cosas" (2:20); "No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis" (2:21); "Amados, ahora somos hijos de Dios" (3:2); "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida" (3:14); "Y en esto conocemos que somos de la verdad" (3:19); "Y en esto sabemos que él permanece en

nosotros" (3:24); "Hijitos, vosotros sois de Dios" (4:4); "En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros" (4:13); "En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios" (5:2); "Sabemos... sabemos... sabemos..." (5:18-20).

El mundo de la actualidad le da mucha importancia al conocimiento y la confianza que supuestamente trae consigo. Pero el conocimiento ha superado la capacidad que la mayoría de las personas tienen para absorberlo, excepto en algunas áreas especializadas. ¿Es posible que alguien realmente conozca algo en estas circunstancias? ¿Es posible la certeza? La respuesta de Juan es que en los asuntos espirituales la certeza es posible. Es posible de dos maneras. Una manera, desarrollada justo antes de la afirmación de propósito de Juan, es mostrar que Dios ha prometido la justificación y la vida eterna a todos lo que creen en su Hijo. Podemos tener la seguridad simplemente porque podemos confiar en Dios.

Para demostrar este punto, Juan muestra las diferencias que existen entre el testimonio humano y el divino. "Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (5:9-12). Evidentemente, Juan está intentando aclarar este tema de la mejor manera posible. Todos aceptamos el testimonio humano. De lo contrario, nos resultaría imposible firmar un contrato, librar un cheque, comprar una entrada, tomar un autobús, o hacer cualquier otra de las miles de cosas que constituyen nuestro diario vivir. "Muy bien, entonces", dice Juan, "¿por qué no hemos de creerle a Dios, que es el único cuya palabra es completamente digna de confianza? Dios nos dice que si creemos en Jesús como nuestro Salvador somos justificados".

Pero hay una segunda manera como Juan nos demuestra esta seguridad. Quienes creen en Dios tienen una certeza interior que lo que han creído es digno de confianza. Los reformadores llamaron a esta obra del Espíritu de Dios el *testimonium Spiritus Sancti internum*. Por otro lado, quienes no creen en Dios lo convierten en mentiroso; ya que están diciendo que no es posible confiar en Dios. Aquí, resulta evidente la naturaleza nefasta de no creer. "No creer no es una mala fortuna por la que se debe sentir lástima; es un pecado que debe ser deplorado. Su pecaminosidad radica en el hecho que contradice la palabra del único Dios verdadero y por lo tanto le atribuye falsedad".¹

Pero para ser justos con los que dudan de su salvación, debemos decir que no todas las faltas de seguridad son pecado precisamente en este sentido. Creer en Cristo y, sin embargo, pensar que Dios puede arrepentirse de su palabra y no salvarnos constituye pecado. Pero algunos saben que la fe que salva no es simplemente una conformidad intelectual con determinadas doctrinas, sino que involucra un compromiso y una confianza, y saben que en cierto sentido han creído en Cristo. Pero no están seguros que han creído de la manera adecuada. "¿He confiado en Cristo realmente? ¿He dejado de lado todos mis intentos por lograr mi propia salvación por medio de mi propia justicia para aceptar la justicia de Cristo? ¿He sido verdaderamente justificado?".

Como respuesta a estas interrogantes, Juan ofrece tres pruebas, como ya hemos mencionado. Estas pruebas son repetidas de distinta manera a lo largo de toda la epístola: la prueba *doctrinal* (la prueba de la creencia en Jesucristo), la prueba *moral* (la prueba de la justicia o la obediencia) y la prueba *social* (la prueba del amor).

La prueba doctrinal

Una de las características de nuestra época, con frecuencia observada por los apologistas cristianos contemporáneos, es que las personas ya no creen en la verdad, en un sentido estricto. Utilizan este término en un sentido coloquial, para referirse a lo contrario de algo que es falso. Pero, en el siglo veinte, cuando se dice que algo es verdad la mayoría de las personas no creen que eso sea verdad absolutamente y para siempre. Lo que quieren decir es que es verdad para algunas personas, si bien posiblemente no sea verdad para otras, o que es verdad hoy, pero no necesariamente será verdad mañana o en el futuro. El resultado de esta actitud es una gran inseguridad y una sensación de pérdida.

El cristianismo se mueve, en cambio, en un conjunto de presuposiciones completamente diferente. En la prueba doctrinal, la primera de las pruebas de la presencia de una vida nueva, las personas comienzan a apreciar las cosas desde otra perspectiva. Antes, hasta dudaban que existiera algo que podía ser verdad. Ahora, ven que Dios es "verdad", que Cristo es "la verdad", y que la Biblia contiene afirmaciones "verdaderas". No pueden comprender todo, por supuesto. Pero su perspectiva es otra. Un autor, escribiendo sobre el curso normal de la experiencia religiosa, lo plantea de la siguiente manera: "Todo hombre que ha experimentado esta operación divina ahora tiene una *nueva perspectiva de la verdad divina*. El alma puede apreciar en estas cosas lo que antes nunca había visto. Discierne en la verdad de Dios una belleza y una excelencia de la que antes no tenía ninguna idea. No importa cuál sea la diversidad de la claridad de estas perspectivas en las distintas personas, o las verdades en particular que vienen a su mente, de lo que no cabe duda es que existe una nueva percepción de la verdad... Es una realidad bendita, y hay miles de testigos, inteligentes y de una veracidad incuestionable, que están prontos a testificar sobre esto".²

Juan desarrolla la prueba doctrinal en 2:18-27, y luego retorna al tema en 4:1-6. Naturalmente, hace hincapié en los errores de los gnósticos, principalmente en su negación que Jesús es el Cristo. Pero al plantearlos, muestra que es un error que cualquiera puede cometer. Juan lo llama la mentira, y a quien lo comente, mentiroso: "¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo" (Jn. 2:22).

Cuando Juan afirma que "Jesús es el Cristo" no quiere sólo significar que Jesús es el Mesías anunciado en el Antiguo Testamento. Si así fuera, sería difícil comprender por qué los gnósticos se oponían a esto. Tomado en su contexto, Juan continúa hablando sobre Jesús como el Hijo, o sea, como el Hijo de Dios, y sobre el conocer al Hijo en el Padre y al Padre en el Hijo. En otras palabras, Juan está haciendo una confesión que implica la plena divinidad de Cristo: Dios se encarnó en Jesús como el Cristo. Los gnósticos, por el contrario, creían que el Cristo divino, concebido como una emanación del Dios superior y más elevado, descendió sobre el hombre Jesús en oportunidad de su bautismo y lo dejó poco antes de su crucifixión. Esta clase de pensamiento no es extraña a alguna forma de crítica bíblica moderna que separa al Jesús histórico del Cristo de la fe.

La confesión básica del apóstol Juan, también incluye todo lo que el Padre ha dicho sobre Jesús en la Biblia. Calvino escribe:

Estoy totalmente de acuerdo con los antiguos, que creían que es una referencia a Cerintio y Carpócrates. Pero la negación de Cristo es todavía mayor; porque no es suficiente confesar en una palabra que Jesús es el Cristo, sino que debe ser reconocido tal como el Padre nos lo ofrece en el Evangelio. Los dos que acabo de mencionar le daban el título de Cristo al Hijo de Dios, pero lo concebían como un simple hombre. Siguiéron otros, como Arrio, quienes lo adornaron con el nombre de Dios, pero lo despojaron de su eterna divinidad. Marcio soñó que era simplemente un fantasma. Sabelio imaginó que no tenía ninguna diferencia con el Padre. Todos estaban negando al Hijo de Dios, porque ninguno reconocía al Cristo en su totalidad, sino que adulteraban la verdad sobre él tanto como podían y se creaban un ídolo en lugar de Cristo...

Ahora podemos ver que Cristo es negado siempre que se le retira lo que le pertenece. Y como Cristo es el fin de la Ley y del Evangelio, y lleva en sí todos los tesoros de la sabiduría y el entendimiento, también es el blanco al que apuntan todos los dardos de los herejes. Por lo tanto, el apóstol tiene razones de sobra para tildar a quienes luchan contra Cristo como los principales mentirosos, ya que la plena verdad se nos manifiesta en él.³

Confesar que Jesús es el Cristo es confesar al Cristo de las Escrituras. Negar *ese* Cristo, de cualquier manera, es una herejía —una herejía con terribles consecuencias.

Por un lado, negar al Hijo es negar al Padre. No cabe duda que los falsos maestros habrían pretendido estar adorando al mismo Dios que los cristianos. "Solamente nos diferenciamos de ustedes en la concepción de Jesús" podrían haber dicho. Pero Juan dice que esto es imposible. Si Jesús es Dios, negar a Jesús como Dios es negar a Dios. En segundo lugar, negar al Hijo es rechazarla presencia de Dios en nuestras vidas o, como también podríamos decirlo, no tener parte con él ni él con nosotros. Juan utiliza la expresión "tiene al Padre" (2:23). En el lenguaje bíblico esto es equivalente a decir que dichas personas no han sido regeneradas y todavía están bajo la justa condenación de Dios. Quienes confiesan a Cristo han encontrado al Padre y han sido justificados por él.

La prueba moral

La prueba moral está citada en 1 Juan 2:3-6 y 3:4-10 y se hace referencia a ella en otras partes de la carta. Para plantearla en pocas palabras, aquellas personas que conocen a Dios llevarán vidas cada vez más justas. Esto no significa que estarán libres de pecado; pero estarán caminando en la dirección señalada por la justicia de Dios. Si esto no ocurre, si no están cada vez más incómodas e insatisfechas con su pecado, entonces no son hijos de Dios. "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él" (2:4-5).

En estos versículos, Juan introduce dos tipos de personas, las que dicen conocer a Dios pero no guardan sus mandamientos y las que obedecen a Dios como consecuencia del amor genuino que sienten hacia él. Juan tiene palabras rudas hacia las del primer grupo. Las llama mentirosas, ya que no han sido engañadas por otros ni confundidas por los hechos. Por el contrario, abiertamente profesan algo que saben que no es verdad. Cuando Juan continúa diciendo "La verdad no está en él", bien puede estar agregando un consejo hacia las demás personas para que no busquen la verdad en esta clase de personas sino que acudan a otra fuente. Si fuera así, la expresión se aplicaría a los maestros falsos (quienes deberían ser evitados por los que verdaderamente buscan a Dios) que existían tanto en los días de Juan como en los nuestros. La verdad debería ser buscada no en quienes sólo tienen calificaciones intelectuales, sino en quienes afirman tener un conocimiento espiritual respaldado por una conducta piadosa.

En el segundo grupo, aquellos que obedecen a Dios, el amor de Dios se perfecciona en ellos. Si bien pueden no afirmar enfáticamente que conocen a Dios, como lo hacían los gnósticos, Juan nos dice que también conocen a Dios.

Hace unos años, cuando la nueva moralidad estaba en auge, un número de teólogos se reunió en el Seminario Teológico de Princeton para discutir sobre el tema. La mayoría de los presentes estaba en su favor. Por lo que la

discusión se centró en el valor de estar libre de cualquier norma y regulación. "Pero deben existir ciertas pautas", alguien dijo. Esto se discutió. Por último, se decidió que la única pauta era el amor. Todo lo que proviniera del amor estaba permitido, siempre que no lastimara a nadie. Mientras la discusión se estaba desarrollando, un sacerdote católico se mantuvo en silencio, hasta que su silencio se hizo notorio. Los demás se volvieron a él y le preguntaron su opinión: "¿Acaso no estáis de acuerdo que el único factor limitante en una decisión ética es el amor?". El sacerdote respondió: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Jn. 14:15).

¿Decimos que somos cristianos? Entonces, "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Jn. 2:6). El llamado es a imitar al Señor Jesucristo en nuestra conducta. Andar como él anduvo es vivir no según las reglas sino por el ejemplo. Es seguirlo, ser su discípulo. Un discípulo entendido de esa manera es personal, activo y costoso.

Es personal porque no puede ser transmitido a otra persona. En realidad, debemos encontrarnos con Cristo, como Pedro después de la resurrección. Jesús le preguntó a Pedro: "¿Me amas?". Cuando Pedro le contestó que "sí", le dijo: "Apacienta mis ovejas". Esto se repitió dos veces más, y la repetición terminó por irritar a Pedro. Para eludir a Cristo, señaló al discípulo amado, que aparentemente estaba a unos pasos, y le preguntó: "Señor, ¿y qué de éste?". Jesús le respondió: "Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú". Pedro no tenía forma de eludir el llamado a un discipulado personal. Andar como Cristo anduvo es también ser activo, porque el Señor mismo es activo. Ser inactivo es quedarse atrás. Por último, es costoso, porque la senda por la que Jesús anduvo, si bien conduce a la gloria es también la senda que pasa primero por la crucifixión. Dicha senda sólo puede ser caminada por quienes se han negado a sí mismos y han tomado la cruz de Cristo para seguirlo.

Dichas personas, hayan vivido en los días de Juan como en los nuestros, siempre tendrán su confianza puesta en Dios y estarán seguras de que lo conocen. C. H. Dodd, que fuera profesor de Nuevo Testamento en Cambridge, concluye:

En este pasaje, el autor no está sólo rebatiendo las tendencias peligrosas que había en la iglesia en su tiempo, sino que está analizando un problema cuya importancia es perenne, el de la validez de la experiencia religiosa. Podemos tener el sentimiento de la conciencia de Dios, de la unión con él, pero, ¿cómo sabremos que dicha experiencia se corresponde con la realidad? Resulta evidente que la claridad o la fuerza de la experiencia no pueden garantizar su validez, de la misma manera que un sueño puede ser muy vívido pero nunca será más que un sueño. Sin embargo, si aceptamos la revelación de Dios en Cristo, entonces debemos creer que cualquier experiencia de Dios que sea válida tiene una calidad ética definida por lo que conocemos sobre Cristo. Conllevará una fidelidad renovada a sus enseñanzas y su ejemplo. El escritor no quiere significar que sólo podemos decir que únicamente quienes obedecen a Cristo y siguen su ejemplo perfectamente han tenido una experiencia de Dios. Esto implicaría afirmar la no pecaminosidad de los cristianos en un sentido que él repudió. Pero, si la experiencia no implica que los afectos y la voluntad apuntan ahora en dirección de los principios morales del Evangelio, entonces no se trata de una experiencia verdadera de Dios, en un sentido cristiano.⁴

Todavía podemos decir más, por supuesto, pero ya es suficiente para ver que la prueba de la experiencia personal es válida. La prueba de la justicia nos permite saber que conocemos a Dios y podemos tener nuestros corazones seguros delante de él.

La prueba social

En medio de su discurso final antes de su crucifixión, Jesús impartió un nuevo mandamiento, el mandamiento a amar. "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:34-35). El amor es la señal por medio de la cual el mundo puede saber que los cristianos verdaderamente son cristianos. En 1 Juan el mandamiento se repite, pero con una diferencia: por el amor los *cristianos* (como el mundo) pueden saber que son cristianos. Es decir, cuando los cristianos se encuentran a sí mismos amando y amando realmente a aquellos para quienes Cristo murió, pueden estar seguros que conocen a Dios. Juan desarrolla esta prueba en 2:7-11 y la repite luego en 3:11-18 y 4:7-21. La afirmación más clara de esta prueba la encontramos en 2:9-10: "El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo".

Como en el caso de la prueba moral, estos versículos también contienen dos grupos específicos para hacer de esta prueba una prueba concreta. El primer grupo está tipificado por la persona que "dice que está en la luz, y aborrece a su hermano". Estas personas están en la oscuridad. Es obvio que Juan está pensando en sus oponentes gnósticos que decían ser "iluminados". Pero lo mismo es cierto de cualquiera que profese ser regenerado sin este cambio. Pablo dice esencialmente lo mismo: "Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy" (1 Co. 13:2).

El segundo grupo está constituido por los que muestran que están en la luz amando a sus hermanos cristianos. Juan dice que en su conducta "no hay tropiezo". Esta idea de tropiezo podría ser aplicada a aquellos que no sólo

están caminando en la luz sino que tampoco hacen que otros tropiecen en las tinieblas. O, el tropiezo se podría aplicar a quienes caminan en la luz y por lo tanto no tropiezan. El contexto de este pasaje casi requiere esta segunda explicación, porque el propósito de los versículos no es mostrar lo que le ocurre a los demás sino mostrar el efecto del amor y el odio sobre los propios individuos. El equivalente negativo de esta afirmación aparece un versículo más adelante. "Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos" (1 Jn. 2:11).

Este último versículo introduce el término *caminar* que puede aplicarse a la vida de amor. Sugiere pasos prácticos. El amor no es un sentimiento benigno ni una sonrisa. Es la actitud que determina lo que hacemos. Es imposible hablar significativamente del amor en un sentido cristiano sin hablar de las acciones que brotan de él, de la misma manera que es imposible hablar significativamente del amor de Dios sin mencionar cosas tales como la creación, la revelación del Antiguo Testamento, la venida de Cristo, la cruz y el derramamiento del Espíritu Santo.

¿Qué sucederá cuando los que profesan la vida de Cristo realmente se amen unos a otros? Francis Schaeffer tiene varias sugerencias. Primero, cuando un cristiano no ha amado a otro cristiano sino que se ha comportado de mala manera hacia esa persona, el creyente debe acercarse a esa persona y pedir perdón. Así estará expresando amor y restaurando la unidad que Jesús dijo que brotaría cuando los cristianos se amaran unos a otros. Verifica su cristianismo en el mundo.

Segundo, cuando alguien nos lastima, debemos mostrar nuestro amor perdonándolo. Esto es muy difícil, y más aún cuando la otra persona no nos pide perdón. Schaeffer escribe: "Constantemente debemos reconocer que no practicamos el perdonar como debiéramos. Y sin embargo, la oración es: 'Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores'. Debemos tener un espíritu perdonador aun antes de que la otra persona exprese su arrepentimiento. La oración del Señor no sugiere que cuando la otra persona muestre que está arrepentida, entonces nosotros debemos mostrar la unidad perdonándola. Se nos llama a tener un espíritu perdonador antes que el otro haya dado el primer paso. Podemos decir que está equivocado, pero al mismo tiempo tenemos que estar perdonándolo".⁵

Juan era conocido como uno de los "hijos del trueno". En cierta oportunidad le había pedido a Jesús que mandara fuego del cielo para que consumiera a los que lo rechazaban (Lc. 9:54). Pero en la medida que llegó a conocer más sobre Dios, hizo un llamado al amor entre los hermanos.

Tercero, debemos mostrar nuestro amor aun cuando nos resulte costoso. El amor le costó al samaritano en la parábola de Cristo. Le costó tiempo y dinero. El amor le costó al pastor que soportó dificultades para rescatar la oveja que se había perdido. El amor le costó a María de Betania quien, por amor, rompió el ungüento valioso sobre los pies de Jesús. El amor siempre le costará a quienes lo practiquen. Pero lo que compremos con dicho amor será de gran valor. Será la prueba de la presencia de la vida de Dios para el cristiano individual y para el mundo que está mirando.

Notas

1. John R. W. Stott, *The Epistles of John* en la serie del Comentario del Nuevo Testamento de Tyndale (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1964), p. 182.
2. Archibald Alexander, *Thoughts on Religious Experience* (1844; reedición ed., London: Banner of Truth Trust, 1967), p. 64.
3. Juan Calvino, *The Gospel According to St. John 11-21 and The First Epistle of John*, trad. T. H. L. Parker (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1961), pp. 259-60.
4. C. H. Dodd, *The Johannine Epistles* (London: Hodder and Stoughton, 1946), p. 32.
5. Francis A. Schaeffer, *The Church at the End of the 20th Century* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1970), p. 145.